

UN TALLITO VERDE DE ESPERAZA: “FUI TOMADO EN SERIO...”

La misión del Siervo

(Se sugiere ambientar el lugar de oración y/o encuentro con un periódico, una biblia y un símbolo congregacional como puede ser la imagen de las Madres Fundadoras o la violeta)

1. DIFICULTADES DEL PUEBLO PARA CREER

En el primer cántico del siervo de Isaías, Dios llama al pueblo a establecer el derecho sobre la tierra (Is. 42, 1-4); en el segundo, el pueblo se hace consciente de la potencialidad de su fe y de su llamada y comienza a nacer un hilito verde de esperanza en sus vidas.

El pueblo de Israel, cautivo en Babilonia, se debate en un fuerte dilema: seguir la fe en Yahvé o hacer caso a las consignas de los poderosos que le tienen oprimido. Dios mandaba que el pueblo observara los hechos para descubrir en ellos las señales de su presencia (Is 41, 1-5; 42, 18-25), pero el pueblo no percibía nada y tenía que oír el insulto de los otros que decían “¿Dónde está vuestro Dios?” (Sal 41, 11) Dios pedía que el pueblo mirase hacia el frente y confiara en el futuro (Is 42, 9), pero el pueblo se encerraba en su pasado y lloraba de nostalgias. (Sal 41, 5; 137, 1)

Esta es una dificultad a la que se enfrenta cualquier creyente: escuchar y acoger la voz de Dios o escuchar y acoger las propuestas que vienen del mundo.

No era fácil creer en el llamado de Dios. Oprimido por el dolor, el pueblo debía anunciar el fin del sufrimiento; con sus derechos pisoteados debía establecer el derecho sobre la tierra; despreciado por los pueblos, debía ser luz de las naciones. Ciego, debía iluminar; preso, debía liberar; triste debía consolar y alegrar; casi muerto, debía anunciar la vida; viviendo en las tinieblas, debía ser luz.

En esta situación, el pueblo tenía muchas dificultades para creer en el llamado de Dios. En un principio, reaccionó contra el llamado (Sal 43, 10-13). La tentación de imitar a los opresores era grande. Llevó tiempo, mucho tiempo al pueblo para convencerse de que Dios lo llamaba. Muchos abandonaron. Pero la fe, aunque débil, lo ayudaba a resistir y le impedía seguir la manera de vivir de los opresores. Fue una lucha: los hechos decían “¡Dios nos ha abandonado!” (Is 49, 14; 40, 27) pero la fe seguía diciendo “¡Dios nos escogió para ser su siervo. Tenemos una misión que cumplir!” ¿En quién creer? ¿En Dios o en los hechos? ¿En el corazón guiado por la fe o en los ojos que observan la realidad? ¿En el profeta o en el sufrimiento?



No fue fácil creer en el llamado de Dios. Y había motivo: ¡había culpa! La fe en Dios quedó abatida, el pueblo perdió la confianza en sí mismo, olvidó las cosas grandes de su propio pasado, quedó sin memoria, perdido en medio de la historia. La influencia negativa del poder opresor había hecho nacer en el pueblo una idea errada de Dios. Un dios cuyo favor y protección pueden ser comprados por medio de promesas, ritos y sacrificios; un dios que se usa mientras sea útil y fácil. Así lograron quebrar la fuerza del pueblo arrancando de él lentamente la fe en Dios y en sí mismo.

Y cuando sobrevino la tempestad de la desgracia, la fe no tenía peso ni fuerza para enfrentar la situación. El pueblo, sin fe firme, se quedó sin protección, se acomodó en su desgracia con una reflexión fácil: “¡El Señor me abandonó. Dios se olvidó de mí!” (Is. 49, 14). Cuando en realidad, el pueblo había olvidado el verdadero rostro de Dios.

2. EL SECRETO DEL LLAMADO DE DIOS: DESCUBRIR EL PROPIO VALOR EN LA PEQUEÑEZ.

Pese a todo, había en el pueblo una semilla buena que no se corrompió: oprimido, él no oprimía; aplastado, no aplastaba; tratado injustamente, no respondía con injusticias. Se mantenía fiel al derecho y a la justicia a la que había sido llamado y resistía contra la opresión.

En esta situación de confusión, actúa Dios secretamente volviendo a llamar al pueblo. Sopló sobre las cenizas de la desgracia e hizo que la brasa apagada se convirtiera en llama de nuevo. Y aquello que parecía el triste final de un incendio arrasador, se convirtió en el comienzo de una hoguera de fiesta, de alegría y de purificación. La esperanza de una buena lluvia no muere nunca. Y la lluvia cuando cae no necesita de entrada ni de salida. Cae de lo alto, entra en el suelo, despierta la semilla y de la tierra, hace brotar la planta. (Is 55, 10-11) Aquel pueblo desterrado recibió la lluvia invisible del llamado de Dios y de aquella semilla pequeña, nació el hilito verde de esperanza.



Entonces, de sentirse pueblo esclavo, pasa a tener el coraje de afirmarse ante todas las naciones; en la experiencia del cansancio y sufrimiento ha descubierto que es el Siervo de Dios lo que provoca en ellos esperanza y alegría. Vuelve a leer su historia y descubre en ella que ha sido llamado desde el vientre materno, que Dios ha pronunciado su nombre y ahora sabe que su vida es un arma potente en mano de Dios porque Él le guarda. Dios está siempre presente en su vida. Las cosas que antes lo preocupaban ya no lo preocupan. Dios se encargó y el pueblo se experimenta libre para asumir su misión.

ORAMOS con el segundo cántico del Siervo Is 49, 1-4

3. EL SIERVO CUENTA CÓMO ENTIENDE LA MISIÓN QUE RECIBIÓ DE DIOS

“Y ahora Dios habla: El que me formó como su Siervo desde el seno materno para que le traiga a su pueblo del regreso y lo reúna de nuevo en torno a Él.

Él me dice: Es muy poco que seas mi Siervo solo para restablecer las tribus de mi pueblo y reconducir a los sobrevivientes de Israel. Voy a hacer de ti luz de las naciones para que mi salvación llegue hasta el confín del mundo” (Is 49, 5-6)

En un largo proceso, el pueblo toma conciencia del proyecto que le encomienda Dios: reconducir a los sobrevivientes de Israel y traerlos de regreso, organizarlos nuevamente en tribus y reunirlos en torno a Dios. El Siervo es llamado para restablecer la Alianza de Dios con su pueblo como lo hicieron Moisés y Josué en el comienzo de la historia, cuando organizaron las doce tribus en una sociedad igualitaria donde todos se colaboraban y nadie oprimía a nadie. Este era el seno materno desde el que Dios venía llamando a su pueblo. Y no solo para ellos, sino para todos, ser “luz de las naciones” para que la salvación pudiera llegar hasta el fin del mundo.

El pueblo solo puede entender el llamado de Dios, porque antes ya practicaba el derecho y la justicia. Oprimido, no oprimía. Así estaba resistiendo contra la opresión. Sin esta práctica del primer paso, jamás habría dado el segundo, ni lo habría entendido. El tallito de la esperanza solo nace de la semilla de resistencia, escondida dentro del terreno del sufrimiento. El primer paso (resistir) alcanza a las prácticas, el segundo ya alcanza el corazón y la cabeza (razones y convicciones).

El segundo paso es asumir conscientemente la práctica del derecho y de la justicia; convencerse de que esta práctica humilde y dolorosa es el comienzo del futuro que Dios quiere crear para todos, convencerse de que ésta es la misión que Dios nos pide; tratar de expresar todo esto en un proyecto de vida concreto y viable, que tenga en cuenta la historia y la tradición del pueblo/instituto; tener conciencia de que la realización de este proyecto va a tener repercusión sobre la sociedad y va a ser una señal y una luz también para aquellos que no pertenecen a la comunidad.

ORAMOS con Mt 5, 1-12



4. LA CONGREGACIÓN CUENTA CÓMO ENTIENDE SU MISIÓN

Teresa Toda ha optado por la vida y por ello ha sufrido persecuciones e incomprensiones de corte machista y ha tenido que ir a la cárcel por no ceder en su convicción. Escoger la vida implica para ella: no dejar que las prácticas injustas condicionen su actuar, emigrar de su pueblo natal a Tarragona, educar su hija sola, procurarse los recursos económicos para su hija, su madre y para ella, aprender a perdonar, ir descubriendo lenta y progresivamente el amor misericordioso de Dios, esperar fiándose totalmente de Dios, aprender a amar... y en esto, va descubriendo que ¡es poco que madre e hija se hayan salvado!

Juntas empiezan a soñar en una misión que muchos huérfanos esperan. Se han abierto sus ojos y han comprendido la verdad. Dios ha sido bueno con ellas, les ha dado su fuerza para no desfallecer, las ha acompañado en el camino espinoso; ha sido su antorcha en medio de la oscuridad y se les ha metido en sus mentes y en sus cuerpos como fuego que arde y devora sin consumirse. Han sido lanzadas a reflejar el amor de Dios, tierno, fiel y maternal, que no se olvida ni descuida a sus pequeños. Es una convicción firme, indeleble. Están tan impresionadas de su experiencia, tan seguras de su misión, que nada (falta de recursos, amistades, formación...) ni nadie (autoridades eclesiales, otras congregaciones, ...) va a poderlas frenar.

Con gran sencillez exponen sus propósitos y solicitan las debidas autorizaciones. Con paciencia, fortaleza y caridad evangélica reciben negativas y silencios inexplicables. No se amedrentan. Insisten. Todo lo han vivido haciendo el bien, siempre bien, con sencillez.

Las Carmelitas Teresas de San José, como “Instituto religioso verdaderamente apostólico” (C 3) han recibido del Espíritu Santo, persona a persona, la llamada a reproducir en nuestro mundo a Jesucristo, como misericordia del Padre. Fue este el rasgo del Hijo, que profundamente impactó a Teresa Toda y a Teresa Guasch, tomándolas por entero. No sólo experimentaron irresistiblemente la necesidad personal de vivirlo y hacerlo principio de su propia entrega, sino también la de ofrecerlo como “razón de esperanza” y de su vida a otras personas.

ORAMOS con el capítulo VII (Virtudes) y con los números 115-121 (Vida Apostólica) de nuestras Constituciones

PARA LA REFLEXIÓN PERSONAL

Para la meditación nos podemos ayudar de estas preguntas:

1. ¿Qué consignas de nuestra sociedad de bienestar merman nuestra fe/se oponen/combaten el Evangelio?
2. ¿Cómo influyen en mi/nuestra vida religiosa personal y comunitaria las consignas de nuestra sociedad de bienestar?
3. Frente a lo que observo, frente a lo que vivo, ¿cómo está mi fe? ¿cómo mantengo la esperanza?
4. ¿Cómo se nos pide a las CTSJ ser “luz de las naciones”?

COMPARTIR FRATERNAL

Se sugiere compartir libremente lo orado a lo largo del día y/o poner en común las preguntas de la reflexión.



A lo largo de este mes de enero, podemos hacer lectura compartida del capítulo V de “A Merced de Cristo” (págs. 202-222).